

también traducido en 1547. En 1551, se publicó el *Libro extraordinario de Arquitectura de Sebastián Serlio*, que contenía modelos de treinta puertas de diferentes órdenes.

Los autores franceses que compusieron obras sobre la teoría ó la práctica del arte citan, entre los maestros dignos de imitación, á Rafael, á Bramante, á L. B. Alberti, á Miguel Angel y hasta á Mantegna, el único pintor del siglo xv considerado casi como un clásico.

Uno de los libros que más éxito tuvieron fué indudablemente la «Hypnerotamaquia» ó «Discours du Songe de Polyphile, deduisant comme Amour le combat à l'occasion de Polia» («Discurso sobre el sueño de Polifilo, deduciendo como Amor le combate con motivo de Polia»), que se había publicado en Italia en 1499 y cuyo autor era un tal Francesco Colonna (1). El original italiano iba ilustrado con grabados muy bellos, que Juan Martín hizo reproducir en su traducción, añadiendo algunos otros franceses. La influencia del *Sueño de Polifilo* fué grande, sobre todo entre los artistas, y se comprueba en un gran número de obras de grabado, tapicerías, esmaltes y otras artes suntuarias (2).

No hemos de hablar en este capítulo de Alemania y de los Países Bajos, á partir de la muerte de Erasmo (1536), de Durero (1528) y de Holbein (1543); y no porque hubiera cesado en aquellos países la actividad intelectual ó artística, puesto que las cortes de Baviera, de Sajonia, de Austria y del Palatinado fomentaron las artes; sino porque también allí las tendencias se inclinaron cada vez más á lo antiguo y á lo italiano, y la parte de originalidad del temperamento alemán ó flamenco que subsistió en medio de las imitaciones, escapó casi por completo á la atención de los contemporáneos y sobre todo de los franceses. Sólo en el grabado podrían encontrarse influencias septentrionales; pero es preciso consignar que Durero era conocido y apreciado entre nosotros: Juan Goujón hace notar que fué el único que supo dibujar bien la voluta del capitel jónico, y L. Megret tradujo en 1557 su «Tratado de las proporciones (3)». Las relaciones subsistieron y aun llegaron á ser más íntimas sobre todo entre los eruditos de Francia y de los países germánicos.

IV.—La obsesión de la antigüedad

El Renacimiento fué, pues, abundante en libros. Acostumbrados á recibir de los libros su educación primera, los escritores, los sabios y á veces también los artistas creyeron que en ellos se contenía toda sabiduría y toda invención y sintieron supersticioso respeto por los maestros con tal que éstos fuesen antiguos. En punto á todo lo que procedía de los griegos y de los romanos, el espíritu de la época no hacía distinción entre lo mejor y lo peor, citándose y admirándose á los medianos casi tanto como á los grandes autores, y acep-

(1) Véase anteriormente, pág. 384. El éxito de la obra fué tal que de ella se hicieron dos nuevas ediciones en 1554 y 1561.

(2) Véase Benj. Fillón, *Quelques mots sur le songe de Polyphile* («Gaz. des Beaux-Arts», 1879). Claudio Popelin, *Le songe de Polyphile*, traducción, 1883. Carlos Ephrussi, *Étude sur le songe de Polyphile*, 1888.

(3) *Les quatre livres d'Albert Dürer, peintre et géométrien tres excellent: De la proportion des parties et portraits des corps humains*, 1557.

tándose, aun en materia científica, las afirmaciones más aventuradas; así por ejemplo, casi nadie piensa en discutir los relatos más extraños de Plinio el Viejo. Las obras de erudición no son muchas veces sino recopilaciones de citas no comprobadas; y ser matemático, astrónomo, médico ó físico, significa las más de las veces comentar las obras de matemáticas, de astronomía y de medicina de los antiguos, las «Astronómicas» de Manilio, las obras de Hipócrates. La prodigiosa actividad de la época, por consiguiente, no ha hecho verdaderos descubrimientos en la erudición ó en la ciencia; el siglo xvi no es el siglo de la inventiva.

El efecto de esta educación, de estas preocupaciones encaminadas siempre en el mismo sentido, de estas teorías proclamadas, se encuentra hasta en las manifestaciones de la vida privada ó pública: las ceremonias, las entradas en las ciudades, las fiestas de príncipes revistieron un carácter enteramente clásico (4).

Cuando Enrique II entró en Lyon en 1548, representáronse «combates de gladiadores á la antigua», una «naumaquia ó combates de galeras completamente á la antigua», y asimismo una tragi-comedia á la antigua también. Á su entrada en París, en 1549, pudo verse un arco triunfal, una estatua del Hércules Galo, los Argonautas, Jasón, Cástor, Pólux, varias Sirenas y un arco de triunfo corintio coronado por la estatua de Palas; y en el mercado de los Inocentes, Pedro Lescot y Juan Goujón erigieron la célebre fuente dedicada á las ninfas de las aguas (5). Según un programa redactado para una fiesta ofrecida al Rey en 1558, Jodelle había de presentar «á Jasón, á Minerva, á Mopso y á los Argonautas, todos vestidos á lo marinero antiguo, de blanco y negro», y el espectáculo debía comenzar con un canto á Orfeo.

En la fachada de la casa de Antonio de Baif léanse «bellas inscripciones griegas en gruesos caracteres y tomadas del poeta Anacreonte, de Píndaro y de Homero, que atraían las miradas de los transeuntes doctos.» En un discurso pronunciado en la Academia del Palacio, en presencia de Enrique III y de los señores de la corte, el orador cita ciertamente á San Agustín, pero cita también á Pitágoras y á su discípulo Arquitas de Tarento, á Carilao, rey de los lacedemonios, á Sócrates, á Alejandro, al tirano Periandro, á Hipócrates, á Tito Livio, á Cicerón, á Valerio Máximo, á Platón, á Séneca, á Plutarco y á Homero. Amadis Jamin (6), hablando del honor, empieza así: *Τὴν δ' ἐξ Διὸς ἐστὶ*, el honor proviene de Júpiter, como dice el poeta Homero; y luego refiere que el Honor tenía un templo en Roma y que era objeto de un culto, según testimonio de Plutarco.

Los escritores, en algunos casos, acaban por embara-

(4) Comparando la entrada de Francisco I en Lyon en 1515 y la de Enrique II en 1548, podría formarse perfecta idea del curso de las cosas. Véase G. Guigne, *L'entrée de François I roy de France en la cité de Lyon, le 12 juillet 1515* (reimpresión), 1899. *La magnificence de la superbe et triomphante entrée de la noble et antique cité de Lyon faite au tres chrestien Roy de France, Henry, deuxiesme de ce nom, le 25 de septembre 1548*, Lyon, 1549.

(5) La fuente hoy llamada de los Inocentes.

(6) Amadis Jamin (hacia 1530-hacia 1585), uno de los poetas distinguidos de la escuela de Ronsard. Tradujo tres cantos de la *Odisea* y terminó la traducción de la *Iliada*, comenzada por Hugo Salel.

zar su francés con tantas alusiones griegas y romanas, que ya resulta inteligible sólo para los iniciados. Ronsard dirá que Francisco I, «criado por Febo, favorito de las Musas», ocultaba bajo su augusto rostro las Gracias y Mercurio con Pithón, y que cual, otro Priamo, vió morir á sus jóvenes hijos; y á propósito de la muerte del delfín Francisco, hablará de Germánico y de Livio. Compara á Margarita de Valois con Minerva que nació de la cabeza de Júpiter, y con la «Madre Eleusina que sembró el trigo: en efecto, ¿no ha sembrado en Francia la ciencia y las artes?» Oliverio de Magny, en una oda á Baco, exclama: «Tú, dice el padre Lempnien, hijo del gran Saturno, que has vengado el ultraje... que te han inferido Licurgo y Pantheo.»

Sería interesante saber cuántos lectores ú oyentes había en el mismo siglo xvi capaces de encontrar en todo esto algo más que palabras. En realidad de verdad, el número enorme de traducciones de autores griegos y latinos, multiplicadas ya durante la primera mitad del siglo (1), contribuía sin duda alguna á vulgarizar estos conocimientos: en 1554, traducción de las *Eglogas* y de las *Geórgicas* de Virgilio, por R. L. Blanc; en 1560, de la *Eneida* por des Masures; en 1557, de las *Metamorfosis* de Ovidio; en 1546, de *El asno de oro*, de Apuleyo; sin contar las *Vidas* de Plutarco, por Amyot, en 1559 (2).

Si Oliverio de Magny describe la historia primitiva del mundo, ésta se le presenta como á Lucrecio, á Virgilio y á Ovidio, y en ella volvemos á encontrar «los ríos de leche que corren por los campos, el nauta que no confía aún su nave á las estrellas;» si habla de la moderación de sus deseos, dice, como Horacio, que no codicia «los abundantes tesoros de los persas ni de los árabes (3).» Y cuando Peletier du Mans traza las reglas de la comedia, ofrece á los poetas el siguiente programa: «Es preciso hacer ver bien ocularmente la avaricia ó la prudencia de los viejos, los amores y ardores de los jóvenes hijos de familia, las astucias y tretas de sus amigas, el modo de ser de los padres, ora severos, ora fáciles, la vileza de los parásitos, la jactancia y la bravura del veterano retirado de la guerra, la solicitud de las nodrizas, la indulgencia de las madres; es decir, «una reproducción del *Aululario* ó del *Heautontimorumenos*, en que figuran estos personajes de comedia (4).

Larrivey toma de la *Andrianna* y del *Eunuco* de Te-

(1) Véase anteriormente, pág. 389.

(2) Véase pág. 215.

(3) Oliverio de Magny, nacido en Cahors, en una fecha que no puede determinarse, muerto hacia 1560. Fué secretario del embajador de Francia en Roma y posteriormente secretario real. Publicó *Castianira* (1553) reimpresa con el título de *Les Amours* (Los Amores), y luego *Les Gayetés* (Las Jocosidades), (1554), *Les Soupirs* (Los Suspiros) (1557), y *Les Odes* (Las Odas) (1559). Es uno de los buenos poetas de segunda fila de la Pléyade. Más adelante hablaremos de su soneto á Caronte.

(4) En la misma composición, en los giros de frases, en las imágenes, en las expresiones, reaparece la latinidad, ó por mejor decir, una latinidad particular, exclusivamente tomada de ciertos autores, formada con ciertas elegancias de palabras, casi toda ella en centones. Véanse las poesías de Escévola de Sainte-Marthe, verdadero trabajo de estudiante de retórica: *Latum caput exeret undis Jordanes* = *Placidum caput extulit undis Neptunus* (Virg.). — *Tante molis erat perituram educere prolem* = *Tante molis erat Romanam condere gentem* (Virg.). — *In primis venerare hominum divumque parentem*... *Sacra ferens* = *In primis venerare deos atque annua magna Fer Cereri* (Virg.), etc.

rencio casi toda su comedia de los *Jaloux* (Celosos); y Jacobo de la Taille escribe en el prólogo de una de sus piezas: «Veréis representar una comedia escrita según el patrón, la moda y el retrato de los antiguos griegos y latinos.»

El traductor de la *Raison d'Architecture extraite de Vitruve* (Razón de Arquitectura sacada de Vitruvio) dice: «¿Quién podría hablar de filosofía sin buscar la ayuda de Aristóteles?, ¿ó quién juzgar de astrología sin Ptolomeo?, ¿ni de medicina sin Galeno y sin Hipócrates?»

Brantome cita á cada punto á los romanos (á decir verdad, sin conocerlos); y los jurisconsultos sólo hablan apoyados en el Digesto ó en el Código y no ven nuestras instituciones sino á la luz de la antigüedad.

Ni siquiera las obras inspiradas en las pasiones de la época escapan á esa especie de marca de la antigüedad. La «*Servitude volontaire*» (Servidumbre voluntaria) de La Boetie es más que nada una brillante amplificación llena de conceptos de Salustio y de Tácito; y el libelo del «*Tigre*,» dirigido contra los Guisa en tiempo de las primeras matanzas religiosas, es una especie de reproducción de las *Catilinarias*.

En esta imitación de los antiguos pueden observarse dos fases: la primera, hasta 1560, es la de las influencias principalmente griegas; Homero constituye la gran pasión de los poetas: «Quiero leer en tres días la *Iliada* de Homero,» dice Ronsard; y Teócrito inspira las *Eglogas* y los *Idilios*. Después del descubrimiento de las poesías de Anacreonte, realizado en Italia en 1554 por Enrique Estienne, los hombres de la Pléyade se apasionaron por esa poesía refinada hasta el amaneramiento, y entonces la admiración vaciló entre Anacreonte y Píndaro. Platón, que había formado á una parte de los individuos de la generación de Francisco I, continuó gozando de gran favor: en 1542, traducción de los «*Diálogos*»; en 1544, del «*Lysis*»; en 1547, del «*Critón*»; en 1553, del «*Phedón*»; y en 1559, del «*Banquete*.» Nadie ignora hasta qué punto fué popular Plutarco, maestro y consejero íntimo de los hombres de la generación de Enrique III y de Enrique IV.

Sin embargo, hacia el año 1560, comenzaron á figurar en primera línea los escritores latinos: Escalígero ponía por encima de las de Sófocles las tragedias de Séneca, el cual llega á ser muy pronto el gran maestro de nuestros trágicos; Peletier du Mans siéntese inclinado á preferir Virgilio á Homero; y Ronsard, con su entusiasmo que le lleva de un extremo á otro, acabará por decir «que Virgilio es más excelente y más redondo, más vigoroso y más perfecto que todos,» y confesará que los franceses lo conocen mejor que á Homero.

Esta comunicación casi continua con la mitología griega ó latina produjo una especie de renacimiento del paganismo? Así se ha supuesto (5), pero concediendo demasiada importancia al hecho de haber los poetas de la época transformado á Enrique II en Júpiter y á Catalina en Juno, del mismo modo que daban á sus amantes los nombres de Casandra ó de Elena, cuando todo esto no era más que juego de imaginación ó

(5) Bourciez, por ejemplo, en el libro antes citado. Véase todo el capítulo II del libro III.

hábitos y procedimientos de estilo. Cuando Goujón culpaba una Diana para Anet, como alusión al nombre de la duquesa, guardábase bien de dar a la Diana mitológica las facciones de la Diana viva. Baif refiere que después del éxito de la Cleopatra de Jodelle se ofreció un banquete al poeta y que al final de la comida le fué presentado un macho cabrío «rodeada de hiedra su joven frente,» gritando luego los comensales varias veces: «¡Yach! ¡Ya! ¡Ha! ¡Evohé!» Los enemigos de Ronsard y de la Pléyade aparentaron ver en esto un sacrificio pagano y algunos historiadores tomaron nota de ello para suponer que los poetas se embriagaron de tal manera con la antigüedad, que abrazaron sus creencias; en realidad, aquel capricho de jóvenes efervescentes no era sino una manifestación literaria y una diversión característica de una época en la que siempre aparecía mezclada la vida con algo de pedantismo.

V.—La reacción contra el humanismo

No todo el público, sin embargo, estaba con los innovadores (1): ni todos los grandes señores, ni todos los cortesanos, ni todas las damas de la alta sociedad gustaban sin reserva de sus doctrinas y de sus libros; y es probable que muchos sólo conocieran de oídas ó ignoraran por completo las grandes obras de erudición contemporáneas en que tanto se alababan las de los antiguos. Con mayor razón permanecía ajeno á tan elevadas especulaciones el vulgo, que conservaba su afición á más de un género condenado por el Renacimiento.

Por esto se imprimieron todavía en la segunda mitad del siglo XVI viejas novelas como «*Quatre Fils Aymon*» (Cuatro hijos Aymón), «*Fierabrás*,» «*Huon de Bordeaux*,» (Huón de Burdeos), «*Ogier le Danois*,» (Ogier el Danés), «*Geoffroy à la Grand' dent*,» (Godofredo el del Diente grande), que en el siglo XVII habían de formar parte de la famosa Biblioteca Azul (2). En el teatro, á pesar de las disposiciones del Parlamento (decre-

(1) Para formarse idea de la variedad de la producción literaria en Francia durante los treinta y cinco años que estudiamos, pueden consultarse: F. Renouard, *Imprimeurs parisiens, fondateurs de caracteres*, 1898; J. C. Wiggishof, *Notes pour servir à l'histoire du livre en France, I, Imprimeurs et libraires parisiens, correcteurs, graveurs et fondeurs, de 1470 à 1610* (Extractado del «Bulletin du Bibliophile,» 1900); F. Renouard, *Documents sur les imprimeurs, libraires, cartiers, graveurs... ayant exercé à Paris de 1540 à 1600* («Mém. de la Soc. de l'Histoire de Paris,» 1901); Baudrier, *Bibliographie lyonnaise*, 5 vol. 1895-1901; Dumoulin, *Vie et œuvre de Frédéric Morel, imprimeur parisien*, 1901.

(2) La biblioteca del presidente Lizet, cuyo inventario levantado en 1554 se conserva, contenía unas 215 obras; en ella ocupaban importante lugar los libros de teología, al lado de los de derecho, pues el Presidente, después de haber abandonado sus funciones judiciales (véase anteriormente, pág. 330), se había dedicado al estudio de las cuestiones religiosas. Entre los demás libros que pueden considerarse como el fondo de la biblioteca de un hombre ilustrado de aquella época, se encuentran casi todos los autores griegos y latinos (exceptuando á Virgilio y á Horacio), incluso los Padres de la Iglesia, y además Bersuire, Nicolás de Cues, Gerson, algunos humanistas italianos del siglo XV, varios tratados de medicina de Dubois, de Fernel, *Perceval le Gallois*, una novela de la Edad media y 35 manuscritos en lengua francesa, «grandes, medianos y pequeños,» que tal vez eran también novelas. Douet d'Arce, *Prise de la bibliothèque du président Lizet en 1544* («Biblioth. de l'Ecole des Chartes,» tomo XXXVII, 1876).

to de 1548) (3), se representaron ó reprodujeron el «*Mystère du Vieil Testament*,» (Misterio del Antiguo Testamento), la «*Vie de Monseigneur Saint Fiacre*,» (Vida de Monseñor San Fiacro) y la «*Nativité de Jésus*,» (Natividad de Jesús). Todavía en 1581 se representó una «*Pucelle de Domremy*,» (Doncella de Domremy), verdadero misterio, ó se dieron piezas inspiradas en el mismo espíritu que las antiguas novelas de aventuras, como «*Lucelle*,» historia de la hija de un banquero que se enamora de un príncipe de Valaquia que por algún tiempo finge ser un empleado; ó bien comedias exóticas como la «*Sultane*,» (Sultana) tomada de la historia de Turquía.

Además, ha sobrevivido la «novela,» ó mejor dicho, la forma anecdótica opuesta á la forma dogmática ó razonadora del Renacimiento humanista, y la encontramos, por ejemplo, en las «*Baliverneries*,» (Chanzas) de Noel du Fail (4).

Aun entre los que se habían nutrido de la antigüedad prodújose una reacción hacia nuestros viejos escritores: Pasquier defiende las letrillas, baladas y cantos reales, y le gusta «*Maitre Pathelin*,» (Maese Pathelin); Fauchet cita un número considerable de trovadores y troveros, habla de Guillermo de Lorris y de Juan de Meung, y analiza algunas trovas; el mismo Enrique Estienne, autor del *Thesaurus lingue græcæ*, tenía «una mesa vieja llena de libros viejos franceses, novelas y otras, la mayor parte de las cuales estaban escritas á mano;» Noel du Fail habla de «la conquista del Santo Graal, que es, en verdad, una ampolla ó frasco lleno de aceite,» y añade luego: «Nuestros antepasados habían hablado mejor que nosotros, pero no tan retóricamente, y su lenguaje (era) más claro y más inteligible; y de ello son prueba todos los libros de la Tabla redonda y los doce Pares, cuya lectura es más dulce, más familiar y más fluida que los libros de nuestra época, pero mucho más.»

De los escritores de la primera mitad del siglo XVI, Rabelais conservó siempre el favor del público y aun fundó, por decirlo así, una dinastía de prosistas que alcanza hasta los primeros años del siglo XVII. Las obras de Marot fueron reimprimadas en 1556, en 1579 y en 1596, y la misma viveza con que fué atacado y la energía apasionada con que fué defendido, demuestran que este autor es de los que merecen ser tenidos en cuenta.

La publicación por Herberay des Essarts de su traducción de los ocho primeros libros del «*Amadís de Gaula*,» (5), entre 1540 y 1548, demuestra asimismo que el gusto general cuando menos vacilaba. El «*Amadís*,» es una serie de aventuras extraordinarias, en que hay caballeros, ermitaños, princesas y gigantes; Amadís, hijo del rey Perion y de Elisena, ha sido arrojado al mar y hallado milagrosamente; crece y luego recibe de un hada una lanza encantada, penetra en el castillo de un mago, se enamora de Oriana, nieta de un rey de Di-

(3) Respecto del teatro, véase más adelante y Lanson, *Etudes sur les origines de la Tragédie classique en France* («Rev. d'hist. litt.,» tomo X, 1903).

(4) Véase más adelante.

(5) La versión española fué reimprimada á fines del siglo XV. Los demás libros fueron traducidos por Collet, J. Gohorry y Aubert de Poitiers. Baret, *De l'Amadís de Gaule et de son influence sur les mœurs et la littérature aux XV^e et XVI^e siècles*, 2.^a, ed. 1869.

namarca, con la que al fin se casa después de toda clase de extraordinarias aventuras. En él encontramos todos los temas de las antiguas novelas de la Tabla Redonda. Pues bien, «ningún libro fué abrazado con tanto fervor como este en el espacio de veinte años aproximadamente.»

A ésta resistencia contra los innovadores uníase una reacción contra los extranjeros que llegó á ser una reacción contra el espíritu extranjero mismo (1). Se guardaba rencor á los italianos por su habilidad, por sus intrigas, por sus ambiciones; llegaban arruinados ó pobres, para hacer fortuna en la corte, y poco á poco se apoderaban de los empleos, y eran á la vez astutos y violentos hasta llegar, si era preciso, al asesinato. Ascanio, el discípulo de Cellini, mató en 1563 á un ciudadano; muchos italianos figuran en el libro de los *Duels* (Duelos) de Brantome, y algunos aparecen en la matanza de San Bartolomé.

Su traje, el refinamiento de sus modas (se les echaba en cara que se ponían afeites y se perfumaban), la delicadeza de su idioma y de su acento, que nunca perdían, irritaban ó movían á risa; la expresión de las cóleras la encontramos en toda su virulencia en los *Dialogues du langage français italianisé* (Diálogos del lenguaje francés italianizado) de Enrique Estienne, que se publicaron en 1578.

El espíritu nacional se defendió primeramente con el culto del idioma nacional y al fin triunfó definitivamente la causa del francés, defendida por los mismos hombres del Renacimiento. Ronsard, en el prefacio de la «*Franciada*,» escribe: «Es un crimen de lesa majestad abandonar el lenguaje vivo y floreciente de su patria;» Ramus se felicita de escribir «en francés para la Francia,» y Pasquier dice: «¡Y bien! Vosotros opináis que es perder tiempo y papel redactar vuestras concepciones en nuestro vulgar para comunicarlas al público, y sois de parecer de que nuestro idioma es demasiado bajo para recibir nobles invenciones... y que si guardamos algo bello en nuestro pecho es preciso expresarlo en latín. Por lo que á mí respecta, siempre estaré al lado del partido de aquellos que favorecerán su vulgar (2).»

Otros más oscuros combaten por la misma idea: «Nuestra lengua, dice Megret en 1550, está hoy tan enriquecida por la profesión y la experiencia de las lenguas griega y latina, que no hay arte ni ciencia tan difícil y sutil, ni siquiera esa tan alta teología, de la que no pueda tratar amplia y elegantemente.»

En 1576, un profesor del Colegio Real, Luis Le Roy (3), explicaba en francés, no en latín como era costumbre, las arengas de Demóstenes, y decía en justificación de ello: «¡Cuánto provecho sacaríamos si todas las disciplinas estuvieran redactadas en nuestra lengua, en vez de tomarse el trabajo de aprender palabras extranjeras!»

Bodín declaraba «que prefiere escribir en lengua

(1) Brunet, pág. 805-822, en *Hist. de la langue et de la littérature française*, tomo III. Bourciez, *Les mœurs polies et la littérature de cour...*, pág. 267-308. Luis Clement, *Henri Estienne et son œuvre française* (tesis de la Facultad de París), 1898.

(2) Véase Bourciez, obra citada, pág. 143.

(3) H. Becker, *Lays Le Roy (Ludovicus Regius) de Constantines* (tesis de la facultad de París, 1896). Véase la página siguiente.

vulgar para que le entiendan mejor todos los franceses naturales;» y sin embargo había publicado primeramente en latín el «*Método histórico*,» y se vió obligado á traducir al latín su «*República*,» publicada en francés en 1577, pero lo hizo para que en todos los países se leyera estas obras, pues el latín era comprendido en toda Europa.

Este culto á la lengua se manifiesta por los esfuerzos que se realizan para mejorar la terminología y la sintaxis; nunca fueron tan numerosos como en el siglo XVI los tratados de filología, de gramática y hasta de ortografía (4).

En esa época de sistemas, cada cual quiso tener y sobre todo producir el suyo.

En 1565, Enrique Estienne publicaba el tratado de la *Conformité du langage français avec le grec* (Conformidad de la lengua francesa con la griega); en 1578, los dos *Dialogues du langage français italianisé* (Diálogos de la lengua francesa italianizada), y en 1579, el tratado de la *Precellence du langage français* (Superioridad de la lengua francesa) (5). La intención de todas estas obras era la misma aunque bajo distintas apariencias, á saber, restituir al idioma francés toda su pureza y expurgar de él los idiotismos y las palabras italianas. Contra estas últimas va dirigido todo su ingenio, pues quiere «demostrar que la excelencia de nuestra lengua era tan grande que no sólo no debía ser puesta á la italiana, sino, por el contrario, ser preferida á ella, mal que pesara á toda Italia.»

Al mismo tiempo pensóse en reformar la ortografía, ya que todo daba materia para ensayos de reforma (6).

Mientras de este modo se honraba el idioma nacional, la historia nacional imponíase á la atención pública. La redacción de los códigos de derecho consuetudinario, que continuó durante el siglo XVI, hizo que se investigaran los antiguos documentos para precisar los derechos adquiridos y defender ó combatir los privilegios; las tan numerosas cuestiones eclesiásticas que se relacionaban con el Concordato obligaron á estudiar más cuidadosamente y sobre los textos la historia de las instituciones de la Iglesia; y los sucesos políticos y las pasiones de la época impulsaron la curiosidad hacia nuestros viejos anales. Ya hemos visto la contienda de erudición que promovieron las pretensiones de los Guisa al trono de Francia como descendientes de los Carlovings.

Los feudistas y los canonistas escudriñaban los textos del antiguo derecho civil y canónico francés como otros los textos griegos y latinos, y algunos jurisconsultos comenzaban á escribir historias locales ó genealógicas (7), reapareciendo entonces las cartas, los diplomas reales y las antiguas leyes. La erudición aplicada al estudio de la historia nacional censuró en algunas oca-

(4) Gramáticas de Meigret (1550), de quien ha podido decirse que era «el fundador de la gramática francesa,» de Roberto Estienne (1557), de Ramus (1562).

(5) L. Clement, *Henri Estienne et son œuvre française* (tesis de la Facultad de París), 1898.

(6) Los ensayos se remontan casi á principios del siglo. La tentativa más interesante y más vigorosa fué la de Meigret (en obras ó tratados publicados desde 1542). También Ramus quiso reformar la ortografía (véase Brunot, obra citada).

(7) Giry, *Manuel de diplomatique*, 1894, pág. 57 y sig.

siones á la otra erudición; así un humanista que no fué más que un erudito y un literato incompleto, pero que agitó muchas ideas y que se revela como uno de los espíritus más «modernos.» Luis Le Roy (1), se atrevía á escribir:

«¿No es locura consagrarse y aficionarse á la antigüedad y dejar atrás el conocimiento de la religión y de los asuntos del país y tiempo en que se vive... tratando de comprender cosas que más aprovechan ignoradas que sabidas, si es que pueden saberse? Hay personas que saben la genealogía de los antiguos supuestos dioses, sus nombres, cultos, oráculos, poderes, y jamás leyeron la Sagrada Escritura; (saben) cómo se gobernaban Atenas, Lacedemonia, Cartago, Persia, Egipto, Macedonia y Parthia y hablan del Areopago, de la Eforia y de los Comicios romanos, y no entienden nada del Consejo de Francia, de la gestión de la hacienda, del orden de los Parlamentos.»

El rey llega á proclamar que los modernos son superiores á los antiguos, salvo en literatura (2): «Tamerlán

(1) H. Becker, *Loys Le Roy*, obra antes citada.

(2) Es curioso notar que du Bellay había dicho algo de esto. Véase anteriormente, pág. 377.

vale tanto como Alejandro y los navegantes portugueses están muy por encima de los fenicios y de los antiguos marseleses.» Y aun va más allá, declarando que Nicolás de Cues (3) y Copérnico son iguales á los más ilustres, y añade:

«Nunca fueron más conocidas las matemáticas ni mejor entendidas la astrología y la cosmografía. ¿Hay algo más admirable que ver hoy descubierto todo el mundo, una buena parte del cual ha sido durante tanto tiempo desconocida?... Respecto de la Física y de la Medicina, puedo afirmar verdaderamente que no alcanzaban mayor perfección entre los antiguos griegos y los árabes de la que tienen en este tiempo... La Arquitectura, la Pintura y la Música, han vuelto casi á su primer estado; y se ha trabajado tanto en derecho civil que más no es posible.»

Ramus da toda la amplitud á esta contienda de los antiguos y de los modernos: «Ninguna autoridad está por encima de la razón; ésta es, por el contrario, la que funda la autoridad y la que debe dictarle reglas.» Toda su vida no fué otra cosa que la aplicación heroica de este pensamiento.

(3) Respecto de Nicolás de Cues, véase pág. 144.



El cardenal Granvella. Copia de una medalla de la época

LIBRO UNDÉCIMO

LOS HOMBRES Y LAS OBRAS

CAPITULO PRIMERO

LA LITERATURA

I. Los poetas líricos y épicos. - II. Los autores dramáticos. - III. Los eruditos: estudios antiguos. - IV. Los eruditos: estudios nacionales. - V. Los pensadores y los independientes.

I. - Los poetas líricos y épicos

Ronsard ha escrito: «La poesía francesa era antes de nosotros débil y languideciente (1); exceptúo, sin embargo, á Saint-Gelays, Heroet y Sceve;» también exceptuaba, y con él la Pléyade, á Jacobo Peletier, del Mans, y remontándose más, á Le Maire de Belges (2), de quien se consideraba instintivamente afín y con el cual tiene realmente parecido, según en la actualidad se ha descubierto.

Entre los poetas lyoneses hay que buscar á los precursores que tuvieron conciencia del papel que representaron.

Ya hemos visto que Lyon era como una «segunda patria» de los escritores del siglo xvi. El más importante de sus poetas fué sin duda Mauricio Sceve († 1564), en quien se juntaban todas las cualidades necesarias para gustar á la Pléyade: un amor á la antigüedad y á Italia; un espíritu filosófico y místico, refinamiento, desdén á lo vulgar profano, al que, por otra parte, era inaccesible á causa de su habitual obscuridad (3). Se ingenió para formarse un idioma más sabio,

(1) Sainte-Beuve expresa la misma idea, pero desde otro punto de vista: «Hasta la muerte de Francisco I..., y aunque pulimentándose gradualmente, la poesía había permanecido siempre fiel al espíritu de su origen.»

(2) Véase respecto de éste pág. 151.

(3) He aquí un ejemplo, entre otros, de versos casi ininteligibles:

Si Apollon restraint ses rais dorez,
Se marrissant tout honteux sous la nue,
C'est par les tiens de ce monde adorez,
Desquelz l'or pur sa clarté diminue.
Parquoy, soudain qu'ici tu es venue,
Estant sur toi, son contraire, envieux,
A congelé ce Boras pluvieux,
Pour contrelustre à ta divine face
Mais ton taint frais vainc la niege des Cieulx
Comme le jour la clère nuit efface.

(Si Apolo restriñe sus rayos dorados,
Ocúltandose vergonzoso bajo la nube,
Es á causa de los tuyos, en este mundo adorados,
Cuyo oro puro disminuye su claridad.
Y porque has venido aquí de pronto,
Estando celoso de ti, que eres su adversario,

TOMO III

una sintaxis más regular, ritmos más variados y más musicales; fué asimismo uno de los primeros en cantar el amor quíntaesenciado en su «Delia,» «objeto de la más alta virtud,» amante alegórica á la que calificaba de «obra santa del eterno Motor» y cuya «esencia divina» adoraba.

Du Bellay y Ronsard realizaron el nuevo ideal vislumbrado por Sceve y cuya estética había sido decretada por la «Defensa é ilustración de la lengua francesa (4).»

Joaquín du Bellay (5), nacido en Anjou hacia el año 1522, pertenecía á una antigua familia que en el siglo xvi ilustraron Juan, Guillermo y Martín du Bellay: el primero, obispo de París y cardenal; los otros dos, guerreros y escritores notables (6). Fué toda su vida de condición enfermiza, con los sentidos muy aguzados y una imaginación impresionable. Su temperamento y el trato con los poetas Salmón Macrin (7) y Jacobo Peletier del Mans le movieron desde muy joven á cultivar la poesía, y llegado á París hacia el 1547, afilióse entre los discípulos de Daurat. La publicación de la «Defensa» hizo de él, con Ronsard, el protagonista más visible de las nuevas ideas. En 1553 partió para Italia y permaneció en Roma hasta 1557; allí se regeneró merced al conocimiento más directo de las «antigüedades,» al contacto con el espíritu y las costumbres de Italia y á su participación en los negocios públicos. Acaso también su mismo alejamiento del país natal le volvió más francés. Á su regreso, establecióse en París, quiso ha-

Ha congelado ese lluvioso Boras,
Para contrabrillo de tu divina faz.
Pero tu tez fresca vence á la nieve de los Cielos,
Como el día borra la clara noche.)

Lo cual quiere decir simplemente que Apolo, celoso del brillo de los ojos de Delia, la amante ideal de Sceve, ha velado el sol.

(4) Véase anteriormente, pág. 392.

(5) Chamard (H.), *Joaquín du Bellay (1522-1560)* (tesis de la Facultad de París, 1900); cita la bibliografía hasta 1900. Brunetiere, *La Pleiade française* («Revue des Deux Mondes,» 1900-1901). J. Vianey, *Les Antiquités de Rome, leurs sources latines et italiennes* («Ann. de la Fac. de Bourdeaux. Bullet. italien,» 1901); *Les sources italiennes de l'Olive* (Congreso de París, 1900. Historia comparada de las literaturas). L. Seché, *Les origines de Joachim du Bellay* («Rev. de la Renaissance,» 1901); *La vie de Joachim du Bellay* (la misma revista, el mismo año). H. Vaganay, *J. du Bellay et les «Rime diverse di molti eccellentissimi autori»* («Rev. d'hist. litteraire de la France,» tomo VIII, 1901).

(6) Véase anteriormente, pág. 298.

(7) Salmón Maigret (Macrinus ó Macrin), nacido en 1490, fallecido en 1557, compuso muchas poesías latinas que le conquistaron en su época gran reputación. Era ayuda de cámara de Francisco I, que le dispensaba su favor.